

11. Transmitir el humilde amor de Cristo

Jesús no lanza una ONG de beneficencia, de ayuda a los pobres, sino la Iglesia como comunidad de personas cuyo vínculo es la comunión transmitida por Jesús que murió y resucitó para salvar al mundo, la comunión que Él vino a transmitirnos desde la Trinidad para que toda la humanidad pueda alcanzar su plenitud en la participación eterna en la Comunión Trinitaria. El propósito del lavatorio de los pies no es que mi hermano tenga los pies limpios, que se sienta bien, y yo también si sus pies olían mal, sino que estemos unidos en la comunión de Cristo. Por esta razón, el lavatorio de los pies en San Juan corresponde a la institución de la Eucaristía en los Sinópticos. En efecto, también aquí, como en la Eucaristía, Jesús insiste en "conmemorar". No se trata sólo de seguir un ejemplo, sino de transmitir, manteniéndola entre nosotros, la nueva relación que Cristo establece con nosotros.

Jesús se preocupa de legar a sus discípulos la transmisión de su humilde amor, el que siempre crea la unidad, el que siempre restaura la comunión, el que siempre vence a los *diabulos* de los que habla San Benito.

Conmemorar a Cristo es esencial para la Iglesia, para una comunidad cristiana, porque no se trata sólo de recordar algo, sino de transmitir un acontecimiento en acción, el del amor de Cristo que engendra la comunión.

Pensemos en la visión de la vida monástica de San Benito. ¿No podríamos resumirlo en el testamento que Jesús nos dio con el lavatorio de los pies? La insistencia de Benito en la humildad y la fraternidad ¿no viene de esta conciencia?

Jesús retoma y resume este testamento, o mejor dicho, este envío, al final de los discursos de la Última Cena, en su oración sacerdotal al Padre: "No sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí." (Jn 17,20-23)

Bastaría este pasaje de la oración sacerdotal de Cristo para captar todo el misterio, los retos, la importancia, inherente a nuestro "vivir juntos". En primer lugar, Jesús nos hace comprender que vivir juntos, vivir unidos, ser uno como el Padre y el Hijo son UNO en el Espíritu, es ya una transmisión, es como la encarnación de la transmisión de la salvación al mundo, de la transmisión al mundo de la Misión del Hijo-Salvador.

La salvación, y la fe que la acoge, se transmiten a través de la comunión que une a la Iglesia, que une a los miembros de cada comunidad. Es una transmisión divina, no sólo porque es la transmisión de la misión del Hijo, sino porque lo que se transmite es simplemente el amor de Dios, el Amor que es Dios, el Amor Trinitario, la gloria de Dios: "Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí." (Jn 17,22-23)

¿Qué podría ser más precioso y más grande que esta transmisión? Y no es la transmisión de algo que pasa por nuestras manos sin dejar huella, porque es la comunión entre nosotros la que es misión, la que es la transmisión de Cristo al mundo. Lo que nos une, lo que experimentamos, lo que nos cuaja es paradójicamente lo que irradia más allá de nosotros, más lejos de nosotros, hasta los confines de la tierra. Lo que es más intenso entre nosotros es lo que se transmite más ampliamente a nuestro alrededor. La comunión en Cristo es el aspecto más central y periférico de la experiencia cristiana. La gloria de Dios, la gloria que Jesús nos da, es verdaderamente como una llama: cuanto más arde en el centro, más irradia calor y luz a su alrededor.

Sin la conciencia de estas dimensiones de nuestro "vivir juntos", la comunidad se reduce a un refugio íntimo, cada vez más "burgués", que nunca será lo suficientemente cómodo, en el que todavía nos permitimos rincones individualistas (en amistades, o en el trabajo, o en contactos externos, o en otras dependencias dopantes), y que dejaremos cuando creamos que encontraremos más comodidad en otro lugar. Cuántos monjes y monjas abandonan el monasterio, supuestamente para "irradiar mejor a Cristo", o para amar mejor a los demás, cuando su lámpara se ha apagado hace mucho tiempo, porque no querían mantenerla encendida en el fuego de la comunión fraterna, ¡de la humilde y pobre unidad comunitaria que guarda y transmite nada menos que el Fuego del Amor de la Trinidad!

Por el contrario, la conciencia de esta naturaleza verdaderamente divina de la unidad comunitaria nos hace amar nuestra comunidad, nuestro vivir juntos. La conciencia de que es a través de esto la forma en que la misión de salvación de Cristo, la Vida eterna y trinitaria, pasa al mundo, nos hace también responsables: responsables del mundo y de su salvación. Pero no con una responsabilidad aterradora, como si fuéramos impotentes ante una ciudad que se derrumba a causa de un terremoto. Porque Jesús unió nuestra responsabilidad para con el mundo entero con nuestra responsabilidad para con nuestra comunidad. La dimensión de nuestra responsabilidad es el mundo entero, pero el área donde asumimos esta responsabilidad universal es el marco pequeño y cotidiano de nuestra comunidad. Lo que falta en la unidad de amor de mi comunidad, es lo que falta en la transmisión de Cristo Salvador al mundo entero. Es en mi pequeño campo donde se me ha concedido y solicitado trabajar en la cosecha del mundo.

Esto debería llenarnos de asombro ante el valor de nuestro vivir juntos, en este lugar concreto, con estas personas determinadas, con todos sus límites, y con todos nuestros límites. Por otra parte, son los límites, esto es lo que pone a prueba la unidad de amor de una comunidad, los que constituyen el campo de trabajo. Por lo tanto, debemos también mirar todos nuestros límites con una especie de veneración, al igual que Jesús tuvo que mirar a su pueblo de Nazaret, o al pobre grupo de sus discípulos. Nuestra comunidad es un lugar sagrado, porque es en ella y a través de ella desde donde Dios envía la gloria de su salvación al mundo.

Antes de trabajar en amarnos, es importante trabajar en la conciencia del valor profundo de nuestra vida, de nuestra vocación, de nuestra comunión. Trabajar, pues, en la conciencia de la transmisión de Cristo que se nos ha confiado. No hay misión mayor y más importante que ésta, incluso cuando la vivimos en la monótona pequeñez de la vida cotidiana, incluso cuando la vivimos en una pequeña comunidad que está a punto de cerrarse.

Creo que hoy, como siempre, éste es el ascetismo esencial: el ascetismo de perdurar en la vida común, cultivando la conciencia de su misterio escondido, para transmitir el Salvador al mundo.